

Anton Costas

# El camino es la cooperación

La historia nos enseña que en algunos momentos los países se enfrentan a la necesidad de pensar su futuro y reconsiderar decisiones pasadas. Esas ocasiones son como un test que pone a prueba la vitalidad de las sociedades para reinventarse.

Esos momentos acostumbran a coincidir con situaciones de crisis económica profunda. Sucedió así en los años treinta y setenta del siglo pasado. En este sentido, las crisis son como encrucijadas que fuerzan a los países a elegir entre opciones diferentes.

Hoy Catalunya, España en su conjunto y la propia Unión Europea están en una de esas encrucijadas.

¿De qué depende el acierto o el error en la elección? La ciencia social no nos dice qué caminos conducen al progreso y cuáles al fracaso. Sin embargo, la historia puede ayudarnos. Aunque no nos da la solución, permite mejorar el debate sobre las opciones y el conocimiento de sus condicionantes.

Pero antes de ver qué lecciones nos ofrece la historia de estos cien años, preguntémosnos por qué las crisis económicas tienen ese efecto de forzar a los países a repensarse.

Por un lado, las crisis son señales de que el viejo orden que durante un tiempo funcionó relativamente bien, necesita ser revisado. Así, la crisis financiera del 2008 fue la señal inequívoca de que el modelo de crecimiento basado en bajos salarios y elevado endeudamiento de las familias había llegado a su límite. Por otro lado, la gestión política de las crisis implica lucha entre países y entre diferentes grupos sociales para repartir su coste. Así, la austeridad pública significa una determinada atribución de los costes, tanto entre los países europeos como entre los diferentes grupos sociales dentro de cada país.

Esta lucha para condicionar el reparto de los costes de la crisis tiene dos consecuencias importantes. Primero, aumenta el conflicto y ataca al pagamento social, es

decir, a la cohesión, que necesita una sociedad pluralista de mercado para funcionar razonablemente. Segundo, hace que las épocas de crisis sean propicias a la experimentación social de todo tipo. Las elecciones europeas del pasado mayo son un buen ejemplo de las propuestas de experimentación política que comienzan a recorrer Europa.

Volvamos ahora a las lecciones que nos ofrece la historia de los últimos cien años. Nos enseña que, enfrentados a estas encrucijadas, los países tienen dos caminos de salida: el conflicto o la cooperación.



ÓSCAR ASTROMUJOFF

La Gran Depresión de los años treinta, que siguió a la crisis bursátil y financiera de 1929, es un buen laboratorio. Para hacer frente a los costes de la crisis, Estados Unidos optó por la cooperación. El *new deal* del presidente Franklin D. Roosevelt fue un nuevo contrato social que salvó a la economía y a la democracia norteamericana. Por el contrario, Europa experimentó primero, entre los años 1929 y 1932, con la austeridad. El resultado fue el hundimiento de la economía y el paro masivo. A partir de 1932, experimentó con el nazismo, el nacionalismo excluyente y agresivo y también el proteccionismo. Los resultados fueron

dramáticos para la civilización y la democracia europea.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial los países europeos optaron por la cooperación. Internamente, mediante un nuevo contrato social plasmado en los programas del Estado de bienestar. A nivel internacional, con los acuerdos de Bretton Woods, y también en Europa, a través de la creación de la Comunidad Económica Europea. El resultado fueron décadas de progreso extraordinario para todos.

La historia española también es un buen laboratorio. En los años treinta, la opción fue el conflicto de clases, el proteccionismo y el nacionalismo excluyente. Los resultados son por todos conocidos y duraron cuatro décadas. Por el contrario, en los años setenta, en medio de una fuerte crisis económica y política, se optó por la cooperación. Los instrumentos fueron un nuevo contrato social, que se plasmó en las políticas de los pactos de la Moncloa, y un contrato político territorial, recogido en la Constitución de 1979. El resultado fueron tres décadas de progreso extraordinario.

La lección de estos cien años es clara: cuando se optó por la cooperación, los beneficios fueron mutuos y duraderos; cuando se eligió el conflicto, los resultados fueron dramáticos para la sociedad, la democracia y la economía.

Hoy, en medio de una nueva gran crisis económica que tiene derivaciones de todo tipo, España y Europa están en una encrucijada: tienen que elegir. El camino es la cooperación, no el conflicto. Pero para ello hay que renovar el contrato social y político que sirve de pegamento a una sociedad pluralista y a una economía de mercado. Pero el contenido de esos contratos no surgirá de forma espontánea, ni será el resultado de las decisiones políticas de gobiernos benevolentes. Dependerá de la existencia de una ciudadanía activa y de una cultura de debate público. Pero sobre esta cuestión les hablaré en el siguiente artículo.●

Pilar Rahola



## El chollo

Tu quoque?", le pregunté a un colega de la izquierda, en mis tiempos de diputada, cuando vi que su superprogre figura se abonaba al anticatalanismo para conseguir un botín electoral. Y él, dotado de una agradable sinceridad, me dijo que lo sentía, pero que meterse con los catalanes era un chollo para cualquier político. El chollo ha continuado por los tiempos de los tiempos y no sólo en lo político-sandunguero, sino también en lo opinativo-mediático, de ahí que cualquiera que quiera hacerse un lugar bajo el sol hispano tenga una vía directa muy apetecible. Las esquinas del famoso tienen buenos ejemplos de catalanes que se han ido a los Madriles a mal hablar de las reivindicaciones de su pueblo, para ganarse el favor purpuraado. Y vaya si lo ganan, que algunos hasta reciben cargos.

El último ejemplo de la cosa es este chiringuito de nombre Societat Civil Catalana, que nadie sabe de dónde ha salido pero todos sabemos a qué dedica el tiempo libre. De hecho, sí que sabemos de dónde salen algunos, y la cosa pinta negra. Y así, nacido de la nada, sin ninguna demostración de arraigo ni representación cívica, sin

## Sólo porque defienden la unidad bíblica de España en la hereje Catalunya tienen cuota de titulares

conocerles ninguna actividad que hay movilizado miles de personas, sólo porque defienden la unidad bíblica de España en la hereje Catalunya, ya tienen cuota diaria de titulares, se pasean por los micrófonos como si fueran líderes políticos y son recibidos por maese Rajoy, el presidente impasible que no recibe a nadie que no esté en el guión. Al menos Artur Mas recibe a todos, incluyendo a los susodichos, pero ¿Rajoy? Desde luego, si Rajoy considera adecuado hacer el pasamanos con los profetas de la apocalipsis catalana, ¿recibirá también a la ANC, que tiene miles de militantes y organiza manifestaciones que pasan del millón? ¿Y a los buenos de Súmate, que son tan sociedad, civil y catalana como los que monopolizan el nombre? Y puestos, ¿por qué no recibe a los firmantes del acuerdo de la consulta, depositarios de un mandato parlamentario con mayoría absoluta? “¡Quita, bicho!”, que diría el viejo chiste, porque está claro que no se trata de diálogos, ni ideas, ni de ganas locas de Rajoy por conocer a estos cerebros privilegiados, sino de intentar por todos lados ponerle puertas al campo catalán. Y así los tenemos, convertidos en interlocutores válidos sin que nadie sepa a quién representan, cuáles son sus méritos y cuál su fuerza ciudadana. Lo dicho, un chollo.

Y, en estas, tenemos a unos cuantos ínclitos, con Mario Vargas Llosa a la cabeza, perpetrando un manifiesto de los duros que exige que, a los catalanes, ni diálogo, ni agua. Deben ser los únicos *intelectuales* del mundo que no quieren que un conflicto territorial se resuelva con pactos. En fin, lo más bonito es lo de Vargas. Ahora que tiene el pecho tan henchido de amor a la unidad patria, ¿pedirá que Perú vuelva a la corona española? No sé, sería un gesto de coherencia.●

DEBATE. Ciencia y sociedad / Roger Guimerà

# Ciencia de las redes

En qué se parecen una persona y un medicamento? No, no es un chiste. Para un número cada vez mayor de investigadores, es una pregunta relevante. Hablemos primero de medicamentos. Según se estima, uno cada cuatro adultos mayores de 57 años en EE.UU. toma cinco o más medicamentos distintos al día; uno de cada veinticinco corre el riesgo de sufrir una interacción severa entre alguno de ellos, lo que podría causarle una nueva dolencia o incluso la muerte. Las interacciones entre medicamentos también pueden tener efectos positivos: hay combinaciones que sirven para aliviar efectos secundarios, para aumentar la eficacia de tratamientos o

para combatir a patógenos que han evolucionado hasta ser capaces de resistir a los antibióticos. Lo que está cada vez más claro es que no podemos hablar de los efectos de un medicamento aislado: hemos de hablar de interacciones entre medicamentos y de las redes que estas generan.

¿Y las personas? Un experimento muy reciente con más de 600.000 participantes demuestra que cuando nuestros contactos en una red social comparten comentarios alegres, nuestros propios comentarios se vuelven más alegres. Cuando son tristes, los nuestros se vuelven más tristes. Son estos procesos de *contagio social* los que explican que las calles de Barcelona o de El Cairo se llenen de repente de millones de personas protestando cuando, unos meses antes, concentraciones parecidas reunían a decenas de miles. Es imposible en-

tender este tipo de fenómenos si ignoramos las redes de interacción e influencia (en este caso, entre individuos).

Luego, personas y medicamentos tienen en común que forman parte de redes, y que sólo podemos entender su comportamiento si somos capaces de desentrañar las redes correspondientes. Y las redes de medicamentos y las sociales (y muchas otras) comparten muchas propiedades. Tanto es así que los mismos algoritmos matemáticos que desarrollamos para predecir quién será tu próximo amigo en Facebook sirven también para identificar nuevas posibles interacciones entre medicamentos que hay que evitar a toda costa, o que son capaces de acabar con una bacteria resistente a los antibióticos. Físicos y matemáticos trabajamos activamente en esta emergente *ciencia de las redes*.●